

## Capítulo 21

### Tu hogar en la Nueva Jerusalén

([índice](#))

**Apocalipsis 21:1-4:** Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían pasado y el mar ya no existía más. Y yo, Juan, vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo de parte de Dios, ataviada como una esposa hermoseedada para su esposo. Y oí una gran voz del cielo, que decía: “El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron”.

Los primeros tres capítulos de la Biblia hablan de un nuevo mundo creado para nuestra felicidad. En los primeros dos capítulos no hay pecado. Dios y el ser humano caminaban juntos en el jardín de Edén hablándose cara a cara. El capítulo tercero nos informa acerca de cómo entró la tragedia del pecado.

El antepenúltimo capítulo de la biblia —que acabamos de estudiar— trata de la destrucción final del pecado. En él hasta la propia “**muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego**”. Así, toda la Biblia, desde su tercer capítulo desde el inicio, hasta el tercero desde el final, habla del relato de los siete mil años de conflicto con el pecado, y de su derrota eterna y final. Los últimos dos capítulos de la Biblia, lo mismo que los dos primeros, vuelven a llevar nuestra atención a “**un cielo nuevo y una tierra nueva**” libres de la maldición del pecado, el dolor y las lágrimas.

El propósito original de Dios al crear la tierra se va a cumplir: “Él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso. No la creó en vano, sino para que fuera habitada la creó” (Isaías 45:18). Tal como hemos visto, los impíos reciben su recompensa final aquí en esta tierra; y ahora aprendemos que también los justos reciben aquí su recompensa: “Ciertamente el justo recibe su paga en la tierra, ¡cuánto más el malvado y el pecador!” (Proverbios 11:31). “Los mansos heredarán la tierra y se recrearán con abundancia de paz” (Salmo 37:11; ver también Mateo 5:5). “Jehová será rey sobre toda la tierra... morarán en ella y no habrá nunca más maldición” (Zacarías 14:9-11).

La idea que muchos tienen sobre la recompensa de los santos consiste en que se sentarán en una nube dedicados por siempre a poco más que tocar sus arpas. Nadie en su sano juicio se sentiría feliz sin hacer nada por siempre. La escena que presenta la Biblia del hogar de los salvos es entrañable: “Yo crearé nuevos cielos y nueva tierra... Edificarán casas y morarán en ellas; plantarán viñas y comerán el fruto de ellas. No edificarán para que otro habite ni plantarán para que otro coma; porque según los días de los árboles serán los días de mi pueblo, y mis escogidos disfrutarán la obra de sus manos” (Isaías 65:17 y 21-22).

¿Por qué ya no habrá mar? La superficie de nuestro globo terráqueo es actualmente agua en sus tres quintas partes. Los vastos océanos que conocemos son restos del diluvio, episodio en el que “fueron rotas todas las fuentes del gran abismo y abiertas las cataratas de los cielos” (Génesis 7:11). Sobre nuestra tierra pesa hoy una triple maldición: (a) fue maldita cuando el hombre pecó, y comenzó a producir “espinas y cardos” (Génesis 3:17-18); (b) después que se cometió el primer homicidio, la tierra recibió una segunda maldición (Génesis 4:11-12); (c) la tercera maldición fue el

gran diluvio, tras el cual Dios dijo: “No tornaré más á maldecir la tierra por causa del hombre” (Génesis 8:21). “El mundo de entonces pereció anegado en agua” (2 Pedro 3:6). Pero en la nueva tierra “no habrá más maldición” (Apocalipsis 22:3).

No es solamente que Jesús murió para redimir a la humanidad. Lo hizo también para redimir a esta tierra arruinada. La sangre manó de sus heridas, discurriendo por el madero hasta la tierra a la que redimió. ¡El suelo mismo que pisamos es la compra de su sacrificio! Desde su lugar actual en el cielo, Dios va a trasladar su trono y su capital a esta tierra redimida. Allí donde se elevó la cruz en la que fue clavado su Hijo amado, establecerá su reino eterno.

**Apocalipsis 21:5-8:** El que estaba sentado en el trono dijo: “Yo hago nuevas todas las cosas”. Me dijo: “Escribe, porque estas palabras son fieles y verdaderas”. Y me dijo: “Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tiene sed, le daré gratuitamente de la fuente del agua de vida. El vencedor heredará todas las cosas, y yo seré su Dios y él será mi hijo. Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda”.

¿Has tenido alguna vez el sentimiento inquietante de que no vas a entrar en la tierra nueva? Observa detenidamente que el Señor dará “gratuitamente ... el agua de vida” “al que tiene sed”. Son únicamente quienes no tienen sed, los que quedarán privados de beber de esa fuente inagotable: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados” (Mateo 5:6). Tener hambre del pan de vida y sed del agua de vida es un don que sólo el Espíritu Santo puede otorgar.

¿A qué dedicas tu tiempo libre? Si te conformas con no leer la Palabra de Dios, con no estudiarla y con no buscar la verdad, eso pone en evidencia que no tienes hambre y sed de justicia. Una vez estés convertido buscarás de todo corazón el reino de Dios.

Podría ser que todavía no estés sintiendo hambre por la Palabra de Dios. Esa ha sido la experiencia común a todos, ya que inicialmente nuestro corazón es carnal, y según leemos, estábamos “**muertos en ... delitos y pecados**” (Efesios 2:1). Todas las promesas de la Escritura van dirigidas “**al que venciere**”. Dios dará esa bendita hambre y sed de justicia a todo el que se la pida. ¡Y con la justicia viene la salvación!

¿Quiénes son los “**cobardes e incrédulos**” que van a tener su parte en el lago de fuego y azufre? Como alguien escribió:

Los que están fuera de la ciudad se cuentan entre los más confiados, jactanciosos y aparentemente entre los más celosos. Amaron de palabra, pero no de hecho ni en verdad. Sus corazones no están en armonía con Dios. No tienen el temor de Dios. Los temerosos e incrédulos, que serán castigados con la muerte segunda, pertenecen a esa clase que se avergüenza de Cristo en este mundo. Temen obrar lo correcto y seguir a Cristo debido a las pérdidas materiales que les podría suponer. Son negligentes en su deber a fin de evitar el reproche y las dificultades, y a fin de evitar los peligros. Quienes no se atreven a obrar el bien debido a que en tal caso se expondrían a pruebas y persecución, a pérdidas y al sufrimiento, son cobardes, y junto con los idólatras, mentirosos y resto de pecadores están madurando para la segunda muerte.

Los “**incrédulos**” se niegan a humillar sus corazones hasta el punto de apreciar el sacrificio de Cristo en la cruz. La incredulidad no radica en una incapacidad de la mente, sino en una elección del

corazón. Si uno decide no apreciar ese gran amor de Dios, está ya perdido. Los “abominables” son aquellos cuyo “dios es el vientre, su gloria es aquello que debería avergonzarlos” (Filipenses 3:19). Rechazando a Cristo, rebelándose contra el amor, caen en “pasiones vergonzosas” y están desprovistos de “afecto natural” (Romanos 1:26-32). El corazón que desprecia la pureza aprende a amar la depravación. Dios nunca hace “abominable” a nadie. Hacerse abominable es la obra de todo el que resiste a las buenas nuevas del amor de Dios.

Los “fornicarios” figuran en la lista junto a los “homicidas”. ¿Por qué considera Dios la inmoralidad sexual como algo tan terrible? ¿Por qué desearán estar fuera de la ciudad? ¿Acaso le resulta a Dios molesto que las personas experimenten placer? No. Él quiere la felicidad para todos, pero sabe que la inmoralidad sexual no trae felicidad a nadie. Trae lamento, remordimiento y desesperación a quienes se entregan a ella, y hiere a muchas personas inocentes a su alrededor.

¿Por qué recibe la misma consideración que el homicidio? “Ninguno de nosotros vive para sí y ninguno muere para sí” (Romanos 14:7). Todo el que se ama a sí mismo hiere a su prójimo. “El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la Ley es el amor” (Romanos 13:10). Solamente quienes aprendieron a amar a su prójimo como a ellos mismos pueden ser felices dentro de la Ciudad. El amor respeta la individualidad de la otra persona, y no la rebaja hasta convertirla en un instrumento de su pasión. El verdadero amor no es un sentimiento pasajero y caprichoso, sino un principio que “nunca deja de ser” (1 Corintios 13:8).

En el viaje de nuestra vida, o bien edificamos, o bien perjudicamos a nuestros semejantes. La inmoralidad sexual siempre causa el derribo de alguien. Dios nunca evita la felicidad de nadie, sino que

él es la única fuente de felicidad. Sólo el matrimonio puede santificar el sexo. Cristo salva al creyente del pecado del sexo ilícito. “La boca de la adúltera [o adúltero] es una fosa profunda; en ella caerá quien esté bajo la ira del Señor” (Proverbios 22:14, NVI).

El séptimo mandamiento se convierte en una promesa divina para quien aprecia lo que le costó al Salvador redimirnos. No importa cuán seductora pueda ser la tentación, “no cometerás adulterio” (Éxodo 20:14). El creyente que permite que el Espíritu Santo lo lleve de la mano, no satisfará “los deseos de la carne, porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí” (Gálatas 5:16-17). Sí, la “carne” nos tentará, ¡pero el Espíritu nos guardará!

“Hechiceros” son quienes emplean los poderes del mal para obtener ventaja de los demás. Se los agrupa junto a los mentirosos, ya que recurren al engaño. “Idólatras” son aquellos que convierten las cosas de este mundo en objeto de devoción, dándoles preferencia respecto a Dios. Aunque han sabido que “Dios es Espíritu” (Juan 4:24) y que “Dios es amor” (1 Juan 4:8), rehúsan inclinarse ante él, a quien no pueden ver. Los objetos, las cosas, la posesión y riqueza material, el placer sensual, es lo que ellos adoran. Su error consiste en negarse a creer la verdad que no pueden “ver”. Comienzan siendo “incrédulos” y terminan siendo “idólatras”.

Los “mentirosos”, sea en palabra o en acción, actúan movidos por su amor al yo. Toda mentira tiene su raíz en la procura de la propia satisfacción. Incluso la verdad que retenemos, si decirla puede ser de ayuda para alguien, mancha nuestra conciencia como siendo equivalente a decir una mentira. “Mentiras piadosas”, “mentiras comerciales”, “mentiras sociales” y “mentiras diplomáticas”, son todas ellas propias de los “mentirosos”. Con la excepción de Cristo,

no hay otro ser humano que haya sido honesto desde el nacimiento. Pero todos podemos serlo. “Tú amas la verdad en lo íntimo”. “¡Crea en mí, Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí!” (Salmo 51:6 y 10).

**Apocalipsis 21:9-13:** Entonces vino a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras y habló conmigo, diciendo: “Ven acá, te mostraré la desposada, la esposa del Cordero”. Me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto y me mostró la gran ciudad, la santa Jerusalén, que descendía del cielo de parte de Dios. Tenía la gloria de Dios y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspé, diáfana como el cristal. Tenía un muro grande y alto, con doce puertas, y en las puertas doce ángeles, y nombres inscritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel. Tres puertas al oriente, tres puertas al norte, tres puertas al sur, tres puertas al occidente.

Cuando se casa un hombre, el objeto de su amor no es la casa o el apartamento, sino su esposa. Ciertamente Jesús no es idólatra como para amar la ciudad en su estructura material. Son sus habitantes a quienes ama. Una ciudad sin habitantes sería un lugar desolador.

El mundo no ha conocido una ciudad como la nueva Jerusalén, sin criminales, barrios marginales ni policía. Se dice de ella que es “la esposa del Cordero”, y es el hogar perfecto para quienes “siguen al Cordero por dondequiera que va” (Apocalipsis 14:4). Es una ciudad real, literal, habitada por personas igualmente reales. Significará el cumplimiento de los anhelos de Abraham, quien “esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios ... por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos, porque les ha preparado una ciudad” (Hebreos 11:10 y 16). Ninguna de las ciudades que este mundo conoce tiene

“fundamentos”, ya que todas ellas dejarán de ser, tal como sucedió a todas las ciudades del tiempo de Abraham.

Todo el que entre en la nueva Jerusalén lo hará a través de una de las doce puertas que llevan inscritos los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel (Apocalipsis 21:12). Si alguien pensara ‘no quiero saber nada relacionado con Israel, ya que Cristo nos ha librado de todo lo judío’, es evidente que tendrá que quedar fuera de la ciudad. Santiago dirigió su epístola “a las doce tribus que están en la dispersión” (Santiago 1:1). El propio Jesús fue judío, y declaró: “No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mateo 15:24). Recuerda: “Si vosotros sois de Cristo, ciertamente descendientes de Abraham sois, y herederos según la promesa” (Gálatas 3:29).

**Apocalipsis 21: 14-21:** El muro de la ciudad tenía doce cimientos y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero. El que hablaba conmigo tenía una caña de medir, de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muro. La ciudad se halla establecida como un cuadrado: su longitud es igual a su anchura. Con la caña midió la ciudad: doce mil estadios. La longitud, la altura y la anchura de ella son iguales. Y midió su muro: ciento cuarenta y cuatro codos, según medida de hombre, la cual era la del ángel. El material de su muro era de jaspe, pero la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio. Los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda clase de piedras preciosas. El primer cimiento era de jaspe, el segundo de zafiro, el tercero de ágata, el cuarto de esmeralda, el quinto de ónice, el sexto de cornalina, el séptimo de crisólito, el octavo de berilo, el noveno de topacio, el décimo de crisopraso, el undécimo de jacinto y el duodécimo de amatista. Las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era una

perla. Y la calle de la ciudad era de oro puro, como vidrio transparente.

Podríamos dedicar años a la descripción y estudio de los pormenores de esta descripción, pero tenemos una labor importante por hacer aquí en la tierra precisamente ahora: hay almas a las que ganar para el Cordero, y batallas que luchar para su honor. Aceptamos con gozo cada palabra escrita como siendo verdadera, pero dejamos gustosamente el disfrute de su realidad para el glorioso futuro.

Un estadio equivale a 184,6 metros; por lo tanto, 12.000 estadios equivalen a 553,6 kilómetros (cada uno de sus cuatro lados). Quizá el punto principal de esa descripción es darnos la seguridad de que hay espacio abundante para todo aquel que quiera entrar. “Iguales” implica proporcionalidad, agradable a la vista en sus dimensiones.

Muchos han arruinado su felicidad en esta vida en su búsqueda febril del oro. Si hubieran sabido que lo hay en abundancia en la nueva Jerusalén habrían podido esperar pacientemente. Cuando Jesús estuvo en esta tierra no poseía oro; no obstante, poseía aquello que la gente supone que el oro puede comprar: la auténtica felicidad.

La mayoría de nosotros hemos contemplado en muy rara ocasión piedras preciosas comparables a las de la santa ciudad. Tampoco hemos visto muchas perlas. Simplemente, podemos confiar en que las palabras de Juan en esa descripción son verdaderas. No obstante, sabemos que las perlas surgen a partir del sufrimiento. Cuando un grano de arena entra en el interior de la ostra, la paciente criatura construye a su alrededor una bella perla a fin de recubrir el objeto irritante. Todo aquel que entre en la nueva

Jerusalén lo hará a través de puertas de perla: un símbolo del sufrimiento que experimentaron por causa de Cristo. ¿Ha permitido el Señor que te sobrevenga alguna situación de prueba y dolor? Si es así puedes alegrarte porque se te dio la experiencia que acrecentará tu felicidad al pasar por esas puertas de perla.

**Apocalipsis 21:22-27:** En ella no vi templo, porque el Señor Dios Todopoderoso es su templo, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella, porque la gloria de Dios la ilumina y el Cordero es su lumbrera. Las naciones que hayan sido salvadas andarán a la luz de ella, y los reyes de la tierra traerán su gloria y su honor a ella. Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche. Llevarán a ella la gloria y el honor de las naciones. No entrará en ella ninguna cosa impura o que haga abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.

En ausencia de uno de nuestros amigos nos solemos comunicar mediante mensajes telemáticos de texto o de voz, pero cuando recuperamos su presencia ya no necesitamos la mensajería. En este mundo de pecado no podemos ver el rostro del Padre, y hemos de depender de la fe y la adoración para mantenernos comunicados con él. Pero debido a que el propio Dios morará con nosotros en la santa ciudad, no habrá allí necesidad de “templo”.

Ese texto hace claro que en la tierra nueva los dones y habilidades de sus habitantes serán multiformes y variados, tal como sucede aquí. Habrá “reyes” que “traerán su gloria y su honor” a la santa ciudad. Los que forman parte del pueblo de Dios tendrán sus moradas afuera, en la tierra nueva. Y cada sábado y cada mes vendrán a la ciudad a adorar. Isaías declara: “Como los cielos nuevos y la nueva tierra que yo hago permanecerán delante de mí,

dice Jehová, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre. Y de mes en mes y de sábado en sábado vendrán todos a adorar delante de mí, dice Jehová” (Isaías 66:22-23).

En la tierra renovada habrá “naciones”, pero jamás luchas o enemistades entre ellas, tal como sucede aquí. Todos los habitantes de la ciudad habrán aprendido de Cristo el espíritu de amor desinteresado y abnegado, que se da a los demás. ¿Estás aprendiéndolo ahora?

Como seres humanos redimidos individualmente disfrutaremos de los talentos concedidos y de nuestra personalidad. Cada uno podrá desarrollar libre y plenamente sus habilidades.